EN CARNE VIVA ME PRESENTO

Querido Dámaso, maestro:
levanto la pluma del suelo,
de entre los muertos
que nos están matando muy lejos
ahora mismo, de los niños hambrientos
que no me son ajenos,
que pudieron
ser hijos nuestros.
Vengo
arrastrándome hasta los versos,
no sé si vivo. Lo cierto
es que me estoy cayendo
de pena y asco. ¿Era esto
el hombre que soñamos, el divino heredero,
ésta la paz de los buenos?
¿El saberlo
merecía la pena? Puesto
entre las cosas voy —yo cosa— y te confieso
que si no fuera porque debo
estar en pie con lo que laboreo
por si las murallas se caen al suelo
a fuerza de esfuerzos,
me castraría el verso
que no me sirve para dar aliento
a nadie. ¿Estoy tocando el légamo
final —o también pasajero—,
este lanzazo en el costado, y ciego,
a rastra, estabulado, preso,
se vive hasta el momento
que no depende de nosotros? Me avergüenzo
de ser persona —lo intento
al menos—,

en un tiempo
en que se vierte sin respeto
la sangre humana en nombre de fantasmas egregios.
Deja que desentone en el concierto
de tus merecimientos,
o rompe, avienta el verbo
que presento
traspasado de fuego.
Hoy no puedo
con el aliento,
ni respirar a gusto, el huelgo
al borde del ahogo,
y no sé si lo honesto
sería dejar los lamentos
capones y dimitir del censo
de los vivos, arrancarse la lengua y luego
echársela a los perros
y marchar al desierto
a que nos comiesen los ojos los cuervos.
¿Es posible que se den tan extremos
asuntos, tan revueltos
como la sal de tu talento,
Dámaso Alonso, maestro,
sabio del más hialino concepto,
tu voz donde se junta el aleteo
del misterio,
la pasión al conocimiento
para hacernos el hombre más completo,
con la fiereza desatada? Meridianos y paralelos
del universo
rezuman sangre, Dámaso. ¿Qué hacemos
los que sólo tenemos
la palabra, el indefenso
decir ante la fuerza, el viento
apuñalando velas? Me duelo
porque no tengo
alegría que darte, maestro.
Estoy amargo hasta la muerte, en medio
del huracán violento,
de la rechifla universal, sin asidero
para seguir viviendo
si no fuera por el ejemplo

de tu tarea, por unos brazos ciertos
que todavía me protegen. El lecho
de los demás tampoco muy de rosas. ¿Fueron
lo mismo los más días pasados? El eco
confuso me contesta. Y sin embargo creo
mientras me siegan, Dámaso, si comparezco
—boquetes en el pecho—
a decir que te admiro, te quiero,
que gracias por habernos sido justo, benéfico.
Tu sombra da consuelo,
Dámaso. Debemos
proseguir. Así lo hicieron
antes, pisándose la entraña compañeros
que por encima de la muerte están diciendo
amor y libertad, si no las conocieron.
Algo por las raíces manda, yo obedezco,
aunque no lo comprendo
del todo, si barrunte balbuceos:
esta flor, esta luz de mi casa, este beso...

(escribo el once de septiembre, mil novecientos
setenta y tres, un día de desprecio,
cuando me siento
menos
hombre que nunca. Laus Deo.)

RAMON DE GARCIASOL

Cristóbal Bordíu
MADRID-3